

Seguían jugando a aquel juego tonto, aquel en el que Yukwon se tapaba los ojos con un pañuelo, y con esa sonrisa enorme en los labios buscaba a Minhyuk en la habitación. Trastabillaba, se caía, se reían juntos. Cuando le encontraba, siempre lograba encontrar aquella sonrisa traviesa en sus labios, que delineaba con las puntas de los dedos con toda la calma del mundo, sintiéndolos y acariciándolos. Después, dejaba viajar las manos detrás de sus orejas, acababan en la parte de atrás del cuello y se enredaban inconscientemente en el cabello de la nuca. Tiraba de él y nunca acertaba a la primera. Siempre depositaba el primer beso en una mejilla, en la nariz, o incluso en un ojo. Una vez establecido el primer contacto, solo tenía que guiarse, rozando con la punta de la nariz y los labios, hasta que encontraba los de él y se besaban.

Se besaban con suavidad, y el mayor sujetaba al chico de los ojos vendados por las caderas, acercándole a su cuerpo con suavidad, sintiendo su calor a tan pocos centímetros. El más bajo pedía un contacto más amplio y rodeaba su cuello con los brazos, pegando su pecho al de él, poniéndose levemente de puntillas.

En ese momento en el que solo estaban ellos dos, todo lo que había a su alrededor desaparecía y perdían todo el interés por todo lo que fuese más allá de los labios del otro, centrando absolutamente toda su atención en sus cuerpos y sus movimientos, en cómo las caricias iban transformándose de ser suaves y delicadas a encerrar en ellas una pasión desmedida que dejaban aflorar poco a poco, al mismo ritmo que la respiración se aceleraba y la piel se erizaba.

Siempre que jugaban a aquel juego acababan enredados entre las sábanas de la cama, disfrutando del cuerpo del otro en un plano mucho más íntimo y personal que el de dos amigos que duermen juntos. Y no necesitaban ninguna explicación, ni justificación de lo que hacían, ni para ellos mismos, ni para nadie más. Lo importante era la enorme capacidad de ampliar e intensificar sus sentidos en tan poco tiempo, dejándose llevar por la libido y dejando que sus cuerpos reaccionasen frente al del otro con toda la naturalidad del mundo.

Quizás, lo que más les preocupaba era todo lo que aparecía cuando salían de aquella pequeña burbuja en la que solo estaban ellos y nada más importaba. Las miradas de Jiho, los silencios de Jaehyo o las bromas absurdas de Kyung. Taeil siempre se mantenía al margen, y Pyo parecía no darle más importancia, pero parecía que especialmente Jiho y Jaehyo no eran capaces de tolerar aquello, al menos no tanto como ellos quisieran.

Jiho siempre que les veía juntos les atravesaba con la mirada, con esa mirada llena de rencor y de rabia. Se mordía el labio inferior y desaparecía de allí en cuestión de segundos, sabiendo que si permanecía allí iba a explotar y salpicar a todos, y no le hacía especial ilusión. Jaehyo por su parte sufría en silencio. La idea de que aquello fuese real le era tan inconcebible que no pretendía nada, pero sin embargo se sorprendía a sí mismo sintiendo celos de ellos dos, de lo que tenían, de algo que él no era capaz de encontrar con Jiho por mucho que buscase.

Porque la relación de Jaehyo y Jiho era tan distinta de la de Minhyuk y Yukwon como lo eran la noche y el día. Por ellos basaban lo que tenían en una especie de ira contenida. Cada vez que

hacían el amor, las paredes de la habitación se resentían de los golpes, la espalda de Jaehyo crujía y los hombros de Jiho sangraban cuando le clavaba las uñas. El castaño había llegado a la conclusión de que aquello no les hacía bien a ninguno de los dos, pero a pesar de que lo habían hablado y habían pactado que no volviese a ocurrir, al par de días se encontraban enredados de nuevo, pasando por alto la promesa que se habían hecho, dejando que fuese su cuerpo el que se encargase de mandar en lo que necesitaban en cada momento.

Porque ambos, aunque lo negasen, se necesitaban el uno al otro, sabiendo que aquello no podía acabar bien, porque hacerse daño el uno al otro era lo único que hacía que siguiesen vivos, pero poco a poco estaban destruyéndose tanto mutuamente que acabarían hechos añicos y nada ni nadie podría reconstruirles.

Porque poco a poco, aquella situación estaba descontrolándose y cuanto más radiante era la sonrisa de Yukwon, más fuerte clavaba Jaehyo las uñas en la espalda de Jiho. Cuanto más intensa era la mirada de Minhyuk, más fuerte empujaba Jiho a Jaehyo contra la pared. Cuanto más feliz era la primera pareja, más frustrada era la segunda.

Los celos rigen el mundo.